

de entrar, legislado con urgencia, sí precisa para los nobles, los sacerdotes y los militares de profesión. Eso requiere, como se ve, una política tanto interior como externa, y tan importante, que podría por sí sola motivar un congreso panamericano.

Este me parece, además, de grande urgencia por otro motivo: América necesita eliminar toda causa de discordia ante la misión que el destino le depara. Es menester arreglar conforme a justicia las cuestiones entre Chile y el Perú, entre Colombia y los Estados Unidos, que son las más delicadas por ahora, sin perjuicio de ir poniendo en revisión definitiva todas cuantas creamos ocasionadas a conflictos. Si, según el concepto rivadaviano que nunca me cansaré de repetir, la gran república del norte es quien «por su antigüedad, su civilización y capacidad preside la política del continente americano» (nota del 24 de agosto de 1826 al encargado de negocios de los EE. UU.), indudablemente le corresponde iniciar con su debida satisfacción a Colombia la ratificación justificada de aquel alto cometido. La liga panamericana reforzará así, en armonía concéntrica, a la liga de las naciones, como el sistema planetario asegura el equilibrio de la estrella central, para salvarse, salvando a la civilización, en las horas siniestras que se avecinan. A semejanza de los paladines que tomaban por empresa la justicia, debemos arreglar nuestra conciencia la víspera del combate. Aquella conciencia tranquila que brillaba más que el sol en las espadas de tan limpios caballeros como Wáshington y San Martín.

Al propio tiempo habrá que resolver con intrepidez los grandes problemas de justicia humana cuyo fundamento material consiste en la posesión de la tierra por el hombre: que el hombre, «rey de la creación», no resulte, por siniestra paradoja, esclavo del hombre, sino dueño como cualquiera y como todos, y en consecuencia trabajador y usufructuario del bien común de la tierra. Países como estos, donde hay más tierra que hombres, son los que pueden hacerlo sin violencia, realizando la perfección de la patria. Pues solo resultará perfecta aquella patria de la cual sean efectivamente dueños todos los ciudadanos. Si la patria es una realidad territorial, deben poseerla realmente todos sus hijos. Y esto no es un ideal de comunista, sino una declaración legal formulada hace más de dos mil años por Tiberio Graco, caballero de Roma.

Entretanto, es de advertir que los argentinos tenemos en el continente mala fama de petulantes y egoístas. Gente vocinglera, y esta es, por desgracia, la que se hace más oír, blasona

FOTOGRAFIA IMPERIO HERNANDEZ HERMANOS

Relacionada con los grandes estudios fotográficos de Estados Unidos, Inglaterra, Francia y España.—Posee TODAS LAS NOVEDADES en el ramo.
Estilos variadísimos, fotografías en color, siluetas, caricaturas y fantasías.

Pronto montará su Estudio en su

NUEVO LOCAL,

edificio de dos pisos que está para construirse

NADIE PAGA LOS TRABAJOS SINO CUANDO ESTA SATISFECHO DE ELLOS

SAN JOSE, COSTA RICA

Calle de la Estación, 50 varas antes del Parque Morazán

para nuestro mal un militarismo de afligente pedantería; el neutralismo germanófilo de la vez pasada acentuó la impresión, como que es de la misma cepa. Así hemos quedado mal ante la opinión pública de los Estados Unidos, Italia y Francia, o sea, en estos dos últimos casos, los únicos grandes países que saldrán incólumes del próximo desbarajuste europeo, al ser también los únicos entre aquellos donde nadie quiere ser otra cosa que italiano y francés. Entonces necesitamos cambiar de rumbo: mejor dicho, recobrar nuestra orientación.

Si espiritualmente pertenecemos a la latinidad, tenemos que ser políticamente americanistas con los Estados Unidos. No hay en ello incompatibilidad alguna. Tengo dicho ya que la constitución de aquel país, y la nuestra por consiguiente, concilian el idealismo latino de la libertad con el realismo anglosajón, o inteligente empirismo de su ejercicio. Eso es lo que

nos corresponde guardar, realizando cada uno lealmente su parte. No estaban mal, sino al contrario, los argonautas en compañía, de Hércules. Y cuando conquistaron el famoso vello-cino que simbolizaba la áurea realidad de una nueva civilización, tanta honra le cupo al remero que ludía el tolete y al mareante que piloteaba, como al estupendo batallador de los monstruos. Hendía la nave audaz lo profundo de la sagrada noche, con su estrella en la proa. La rueda del zodiaco giraba en su codaste dándole rumbo, y al ritmo de la lenta mar que parecía acostarse con el cielo, tal cual si renovara el misterio copulativo de las cosmogonías, el gigante generoso, abierta su alma al consuelo de la frescura, lavada su frente de bronce por el agua de la serenidad, celebraba la empresa común cantando en la lira.

LEOPOLDO LUGONES

(*La Nación*, Buenos Aires, julio 4 de 1919).

Envío de R. Martínez Solimán.—Bnos. Aires.

Rudyard Kipling y los niños

ESTE famoso poeta inglés contemporáneo que ha escrito tantas obras intensas, en donde la vida palpita bajo tan diversos aspectos, y que



en medio de la gran contienda universal que terminó con la Victoria Aliada, cantara en bellas estrofas el entusiasmo y la perseverancia de la Gran Bretaña, es de los pocos literatos que hacen obra de arte y de belleza para los grandes y al mismo tiempo escriben para los pequeños historias instructivas y fantásticas.

Es en el oriente de mágicos encantos en donde la fecunda inteligencia de Rudyard Kipling ha encontrado la fuente inagotable de su inspiración. Son sus excursiones a través del misterioso Egipto, sus exploraciones en las riberas del Nilo, y sus viajes al Africa, los que le han dado admirables temas para los cuentos que ha dedicado a los niños. Kipling une a la fantasía la visión real que esos países le han ofrecido y procura traer hasta nosotros los mitos y las leyendas de las civilizaciones muertas...

Ha escrito para su hijita, un libro que contiene bellísimos cuentos, en que se tratan las relaciones del hombre con la naturaleza en diversas épocas. Entre estos cuentos que son, a la vez